

Aprender de la pandemia

Learn from the pandemic

Miguel Kottow¹

RESUMEN

La actual pandemia ha desencadenado una ingente acumulación de datos y su elaboración estadística, aún insuficientes para dar luces certeras sobre la eficacia y legitimidad de las políticas sanitarias desplegadas. Queda como enseñanza que el conocimiento de laboratorio ha de aterrizar y responder a las inquietudes ciudadanas (I. Stengers, B. Latour), como también acoger las epistemologías del Sur (Santos). Los permanentes conflictos entre medidas sanitarias restrictivas y su rechazo individual o grupal (movimientos antivacunas) suscitan la necesidad de cambios de conducta en emergencias biológicas. Se sugiere escuchar el llamado de Michel Foucault (*epimeleia heautou* = el cuidado de sí mismo) para moderar los efectos de la aceleración globalizante de producción y consumo, y enfatizar valores como reconocimiento, resonancia, responsividad, solidaridad.

Palabras clave: Pandemia, COVID-19

Según Galileo, “las matemáticas son el alfabeto con el cual Dios ha escrito el Universo”, pero el inquisidor Cardenal Renato Belarmino le explicó que la lectura de ese alfabeto era facultad privativa del Santo Oficio. Descartes elucubró sobre una matemática universal que permitiera elaborar una *mathesis* o ciencia explicativa de todo lo sometido a orden y medición. El tiempo les dio la razón y la secularidad moderna cultiva la ciencia numérica, si bien aceptando que con el apoyo de la estadística no llegaría a verdades sino a probabilidades suficientemente sólidas para dirigir decisiones y acciones. Poco interés cuantitativo mostraron las “ciencias de espíritu”, como clasificaba W. Dilthey a lo que ahora llamamos humanidades, pero eso no impresionó a los positivistas para quienes estas disciplinas no son ciencia. La disputa entre números y valores se viene resolviendo a favor de la digitalización de datos, por los franceses denominados *numériques*, con lo cual el círculo cognitivo parece cerrarse alrededor de las ciencias de la naturaleza. A.N. Whitehead distinguía el modo de pensar sobre asuntos de importancia -*matters of importance*- y asuntos de hecho -*matters of fact*-, actualizado por Bruno Latour como -*matters of concern*- y -*matters of fact*-. Tal vez Latour no se sentiría violentado si pensamos en la distinción entre *numérique* por un lado, concepto y valor por el otro.

Las estadísticas compiladas durante la pandémica COVID-19, facilitadas y expandidas por ingentes acumulaciones de datos digitales, tendrán por objeto orientar a las autoridades sanitarias y a la ciudadanía hacia una mejor preparación para enfrentar futuras y próximas pandemias, si bien ha sido comentado que las guías preparatorias elaboradas tras la pandemia SARS de 2010 no fueron desplegadas y tal vez no habrían sido eficaces frente al ágil e imaginativo SARS-CoV-2. Quién sabe si los números ayudan a ponderar la diversidad de intentos por mitigar la pandemia, que son incomparables dada la diversidad de contextos y circunstancias involucradas.

La magnitud de COVID-19 así como las incertidumbres sobre sus procesos biológicos -mutaciones, velocidad de propagación, tiempo de incubación, entre otros-, y las vacilaciones en adoptar medidas de contención que requieren conductas personales de graves consecuencias económicas y existenciales para los más desaventajados, no permitieron un aprendizaje epidemiológico sustentable. La evaluación utilitarista entre beneficios y efectos indeseados del uso de mascarillas, del cierre de establecimientos educacionales, de la postergación de pacientes no COVID, del aumento de desigualdad global mientras los pobres

¹ Editor Cuadernos Médico Sociales. Colegio Médico de Chile A.G. Correspondencia a: mKottow@gmail.com

empobrecían aún más y los emprendimientos lucrativos aumentaban sus ganancias, es una ponderación numérica conceptualmente inabordable, y vuelve urgente la pregunta que acucia a todos y sobre la cual algunos intelectuales han reflexionado con más angustias que certezas.

¿Qué hemos aprendido de la pandemia? pregunta Isabelle Stengers enfatizando que la ciencia de laboratorio ha de aprender a aterrizar, porque el cuerpo humano tiene modos diversos de reaccionar, mientras el espacio social, excluido del sagrado laboratorio, observa con sospecha los resultados que le ofrece el científico. Así ocurrió con los alimentos genéticamente modificados, con el movimiento antivacunas y con la reticencia a las vacunaciones periódicas que ofrecen los fabricantes celebrando el éxito económico de su producción, en indiferencia de la distribución asaz sesgada de sus vacunas. Los llamados a la solidaridad quedan de facto archivados, la industria se trenza en defender jurídicamente sus patentes monopólicas mientras los países pobres tienen apenas una fracción de su población con programa completo de vacunación.

La Ciencia es una institución sagrada, sorda a críticas de la ciudadanía que debe lidiar con los resultados de un aterrizaje defectuoso del saber experimental. Requerimos de una actividad científica responsable [“capaz de responder”], preocupada de recuperar la confianza mediante el ejercicio de un espíritu crítico y la defensa de su independencia. Dos regeneraciones solicita la filósofa: reconocer el derecho público a pensar el futuro en vez de dejarse conducir como un rebaño ignorante; y segundo, recuperar la imaginación científica, mutilada por el temor a “rechazos fóbicos”, y de ser arrasada a “politizar la ciencia”. Es tarde para estos cambios, lamenta Stengers, pues la Ciencia continúa en la persecución de beneficios cognitivos y materiales descontextualizados de las necesidades sociales; pero pensar en futuras generaciones nos obligan a persistir, aunque sea con viento en contra. Bruno Latour (1998) ya advertía que los científicos enfrentan la elección entre mantener su ideal decimonónico de la Ciencia impoluta de control ético y responsabilidad social, o elaborar con todos nosotros [*la hoy polloi* o mayoría] un camino del saber atingente a las incertidumbres e inseguridades del presente, cultivando un ideal de investigación mejor ajustado al experimento colectivo en que estamos todos embarcados. La filosofía de la ciencia debe ser enriquecida por una filosofía de la investigación, a fin de reducir la artificiosa brecha entre ciencia y sociedad.

Boaventura de Sousa Santos, luchador incansable por reposicionar las epistemologías del Sur, cree llegado el momento impostergable de transitar “De la pandemia a la utopía”, impulsado por la intensificación de desigualdades y discriminaciones sociales. Capitalismo, colonialismo y patriarcado son los tres unicornios del “capitalismo bárbaro” que Santos denomina “capitalismo abismal”. Escrito durante la pandemia, “El futuro comienza ahora” (Akal 2021), apuesta que la pandemia constituye un *Kairós*, un momento oportuno para las grandes transformaciones por las que él viene abogando desde hace decenios.

La relación de publicaciones indexadas entre ciencias duras y epidemiología social es 941:1, confirmando la primacía del enfoque cuantitativo de la “guerra contra el virus” sobre las repercusiones cualitativas de la pandemia, señala André de Waal en su libro ‘New pandemics, old politics’ (Polity 2021): “Nuestros miedos y esfuerzos se enfocaron en gérmenes individuales, y no en las ecologías que los generan o en la sociedad y la economía que les facilita la diseminación”. Con un pequeño truco semántico, De Waal sugiere convertir el término pandemia en un adjetivo: el COVID-19 pandémico se refiere a un episodio, en tanto que el empleo de pandemia aclara que se desencadena una magna crisis social. Frente a una pandemia, se ha sugerido la importancia del mutuo aprendizaje entre epidemiólogos y comunidades: que los epidemiólogos aprendan de las comunidades y viceversa. Las medidas epidemiológicas de urgencia inevitablemente comprometen derechos políticos y civiles, pero ello debe ser acotado, en lo posible localmente consensuado y recatadamente generalizado. La guerra contra la enfermedad lleva siempre el sello de un “linaje imperial” discriminatorio contra las personas, los grupos sociales y las naciones desaventajadas. El modo más seguro para volver a sufrir una pandemia es retornar al mundo acelerado prepandemia, pues la pandemia amainó, el ataque al virus triunfó, mas el próximo virus pandémico volverá a desencadenar el impacto social de una pandemia.

No todo puede volver a la normalidad: ebulle el crónico miedo a lo desconocido, se desestabiliza la confianza en la ciencia, se hace notorio cómo las emergencias biológicas y telúricas llevan a restricciones políticas con tendencia a naturalizarse, creando el estado de excepción que, según Giorgio Agamben se ha vuelto componente habitual de la democracia. En una entrevista a Yuval Noah Harari, donde le preguntaron si pensaba que la crisis sanitaria podía ser mejor manejada

por una dictadura o una democracia, musitó que no había a priori alguno que anticipara una respuesta. Los ya fuertes movimientos migratorios se intensifican y son rechazados por nacionalismos exacerbados, mientras los llamados ecológicos y bioéticos a la solidaridad quedan en sordina por un utilitarismo cada vez más descarado, cuyos efectos sociales y medioambientales aumentan la fragilidad existencial de los precarizados.

Apocalípticos, nihilistas o utópicos, los grandes discursos jaspean el horizonte inútilmente. Lo más urgente al mismo tiempo que lo más difícil, es el cambio de conductas, reduciendo la avidez de consumo, la aceleración de producción, la monomanía de crecimiento, progreso, utilitarismo

sin destino. En tanto ocurre, si es que ocurre, será esclarecedor escuchar el último gran tema de Michel Foucault: *epimeleia heautou* el cuidado de sí como condición trascendental para la relación con el otro y lo Otro: comunidad, polis, mundo. Algunos filósofos actuales nos hablan de eso: reconocimiento, resonancia, responsividad. Reforzar la identidad, desperezar la imaginación, y desarrollar un poder de audacia:

Por sobre aquellas instituciones preocupadas de proteger derechos y personas y libertades democráticas, otras deben ser inventadas con el propósito de exponer y abolir todo lo que en la vida contemporánea yace soterrado en el alma bajo injusticias, mentiras y fealdad (Simone Weil, 1943).